

Cuestionada la excepcionalidad estadounidense

- CARMEN DOLORES HERNÁNDEZ Especial El Nuevo Día



1776 y Puerto Rico Juan Meléndez Alicea (San Juan: Publicaciones Gaviota, 2026)

Este año se celebran los 250 de la independencia de las 13 colonias que se convirtieron en los Estados Unidos de América. La celebración se proyecta como el triunfo de una nación excepcional, fundada sobre los principios de libertad e igualdad para todos. Lo que no se dice (ni se enseña) es que la historia de los Estados Unidos está llena de contradicciones que afean su trayectoria y que nos afectan a nosotros directamente.

La mayoría de los puertorriqueños quizás piensa que nuestra situación colonial es inevitable y que, dadas nuestras circunstancias, resulta beneficioso pertenecer a un imperio que proclama como su fundamento la justicia y la equidad. Las actuaciones erráticas del actual gobierno estadounidense nos han ido desengañando, pero lo que no es de conocimiento general es que la imagen de unos Estados Unidos democráticos, regidos por principios de ley y orden, comprometidos con el bienestar de su pueblo y respetuosos de las libertades individuales nunca fue enteramente cierta. El país creó un mito de excepcionalidad, pero su realidad era otra, como han revelado muchas investigaciones.

Eso no significa que Estados Unidos no haya tenido -como todo país- momentos acertados en su historia. Los ha tenido, y han sido admirables. Pero su trayectoria ha sido desigual. Y abiertamente engañosa es su pretensión de excepcionalidad, que muchos acogen como incuestionable.

El autor de este libro, un investigador independiente, no es un historiador profesional. Aquí nos recuerda, sin embargo, cuán lejos está el mito de la realidad histórica. Aunque su escritura no es siempre coherente (salta de una cosa a otra; la presentación es esquemática), los datos son comprobables como ciertos. La premisa central intenta probar cómo las actitudes históricas de Estados Unidos han afectado a Puerto Rico.

Dos actitudes fundamentales se encuentran en la raíz misma de la historia estadounidense: el racismo y la intolerancia. Desde el establecimiento de Jamestown en Virginia (1607), el propósito de los colonizadores fue enriquecerse, aún a costa de los indígenas que allí vivían. Su primer gobierno, la Cámara de los Burgueses (1619), era de hombres europeos y blancos. La necesidad de trabajadores para el cultivo del tabaco dio paso a la utilización de mano de obra forzada: la de los negros que a partir de 1619 llegaban esclavizados del África. La rebelión de Bacon (1676) aceleró el proceso, acrecentando, además, la animosidad hacia los indígenas. Eventualmente, el Tribunal Supremo estableció la autoridad absoluta del gobierno federal sobre las tierras indígenas (Johnson vs. McIntosh, 1823).

La colonia de Plymouth Rock estableció otro precedente colectivo. Si bien en Jamestown se normalizó la esclavitud negra, los peregrinos que llegaron en el Mayflower (1620) impusieron sus prejuicios religiosos. Llamados "Santos", se consideraban más puros y perfectos que los demás. Hacían cumplir sus preceptos religiosos mediante castigos corporales; no creían en la separación de estado e iglesia y consideraban ilegales las otras religiones. Su actitud hacia los indígenas de tribus vecinas fue de rechazo y exterminio. Es esa la raíz del nacionalismo blanco y cristiano que ha cobrado nueva fuerza hoy.

Tanto el racismo como la intolerancia han orientado gran parte de la historia estadounidense. Una y otra vez (con el reavivamiento religioso protestante del siglo XVIII, la promulgación de las doctrinas de Monroe y del Destino Manifiesto en el XIX, y el nacionalismo blanco actual que dice defender la civilización cristiana) se han exaltado las tendencias expansionistas, imperialistas y evangelizadoras del país, disimulándolas mediante la pretensión de ser una labor civilizadora (desconocedora del valor de otras civilizaciones).

Tras el 98, Estados Unidos quiso “educarnos” imponiendo el inglés, controlando nuestro acceso a las instituciones representativas y considerándonos racialmente inferiores. Los “Casos insulares” de principios del siglo XX evidenciaron tales prejuicios. Este libro provocador obliga a repensar algunas posiciones acríticas respecto a EE.UU. Su extensa bibliografía contiene estudios valiosos sobre el tema. Haría falta un índice de nombres y materias para facilitar el acceso a la información contenida en el libro.